

LOS
PILARES
DEL
CARÁCTER
CRISTIANO

LOS
FUNDAMENTOS
BÁSICOS
DE UNA
FE
VIVA



JOHN MACARTHUR

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Pillars of Christian Character*, © 1998 por John MacArthur y publicado por Crossway Book, una división de Good News Publishers, Wheaton, Illinois 60187.

Edición en castellano: *Los pilares del carácter cristiano*, © 2005 por John MacArthur y publicado por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

Traducción: Evis Carballo

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1535-7

2 3 4 5 6 edición / año 11 10 09 08 07

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

CONTENIDO

<i>Introducción</i>	7
<i>1 El punto de partida: Una fe genuina</i>	11
<i>2 La obediencia: El compromiso del creyente</i>	21
<i>3 Bienaventurados los humildes</i>	31
<i>4 La naturaleza desinteresada del amor</i>	47
<i>5 La unidad: Perseverancia en la verdad</i>	61
<i>6 El crecimiento: No hay vida verdadera sin él</i>	75
<i>7 Perdone y sea bendecido</i>	91
<i>8 Razón suficiente para regocijarse</i>	105
<i>9 Siempre hay lugar para la gratitud</i>	121
<i>10 La valentía de ser fuerte</i>	135
<i>11 La autodisciplina: La clave de la victoria</i>	151
<i>12 Adorar a Dios en espíritu y en verdad</i>	169
<i>13 La esperanza: Nuestro futuro está garantizado</i>	187
<i>Guía de estudio</i>	203

This One



YWBB-2F8-TORO

INTRODUCCIÓN

Si alguna vez visita Londres, no tendrá ninguna dificultad en divisar la Catedral de San Pablo. Es considerada una de las diez construcciones arquitectónicas más hermosas del mundo, y domina el perfil de la ciudad. La venerable estructura se levanta como un monumento a su creador, el astrónomo y arquitecto Sir Christopher Wren. Aunque la catedral de San Pablo es su logro más conocido, una interesante historia está relacionada con un edificio menos conocido producto de su diseño.

Wren recibió el encargo de diseñar el interior del Ayuntamiento de Windsor, ubicado al oeste del centro de Londres. Su plan exigía unas grandes columnas para apoyar el alto techo. Cuando la construcción estaba terminada, los notables de la ciudad recorrieron el edificio y expresaron su preocupación con respecto a un problema: Las columnas o los pilares. No era que les preocupaba el uso de columnas, sino que querían más de ellas.

La solución de Wren era tan diabólica como inspirada. Hizo exactamente tal como se le dijo e instaló cuatro nuevas columnas cumpliendo así las exigencias de sus críticos. Esas columnas adicionales permanecen en el Ayuntamiento de Windsor hoy día y no son difíciles de identificar. Son las que no sostienen peso alguno y, en realidad, nunca alcanzan el techo. Son columnas falsas. Wren colocó las columnas solo para cumplir un propósito, es decir, darle buena apariencia. Son adornos hechos solamente para satisfacer la vista. En lo que res-

pecta a apoyar el edificio y fortalecer la estructura, son tan inútiles como las pinturas que cuelgan de las paredes.

Aunque me entristece decir esto, creo que muchas iglesias han construido unas cuantas columnas, solo como decoración, especialmente en la vida de cada uno de sus miembros. En un esfuerzo por renovar la iglesia y hacerla funcionar mejor, muchos dirigentes han puesto en práctica estilos atractivos de adoración y de enseñanza, junto con formatos organizativos “innovadores” diseñados para atraer a más personas a la iglesia. La *sustancia* ha sido reemplazada por la *sombra*. El *contenido* queda fuera, el *estilo* queda dentro. El *significado* es desalojado, el *método* es introducido. La iglesia puede parecer correcta pero aporta poco peso.

Esa tendencia quizá se hace más evidente en un área especialmente cercana a mi corazón, la enseñanza de la Palabra de Dios. Demasiadas iglesias hoy día se han olvidado de que su principal propósito es muy simple. Como “la iglesia del Dios viviente” deben ser “columna y valuarte de la verdad” (1 Ts. 3:15). En su lugar, han construido una fachada que no ofrece apoyo, aporta poco peso, y se queda lejos de alcanzar las alturas que Dios diseñó para la iglesia y desea que esta alcance.

El resultado es la existencia de columnas falsas, decorativas, en el pueblo de Dios, que a la postre trae como resultado un falso sentido de la salvación y de la madurez espiritual. Nunca llegan a aferrarse a la realidad, es decir, a la necesidad de transformar las viejas y pecaminosas actitudes, en actitudes nuevas y bíblicas. En los cerca de treinta años de ministerio en la *Grace Community Church* he aprendido que si las actitudes espirituales de las personas son correctas, como resultado de una enseñanza bíblica prolongada, la estructura organizativa de la iglesia, su forma y su estilo se convierten en cosas menos importantes.

Una vida saludable para la iglesia solo se origina en una actitud espiritual adecuada por parte de sus miembros (vea Dt. 30:6; Mt. 22:37; Mr. 12:32-35; He. 10:22). El deseo ferviente del apóstol Pablo, por el que trabajaba y oraba con tanta diligencia era que Jesucristo fuera formado plenamente en la vida de cada uno de aquellos a quienes ministraba: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de

parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gá. 4:19). Amplió ese concepto cuando animó a los colosenses diciéndoles: “La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales” (Col. 3:16). Dios desea obrar en la vida íntima del creyente. Por lo tanto, la meta de todos los pastores y líderes espirituales de la iglesia debe ser ver vidas transformadas. Todo ministerio y actividad de adoración que realizan debe motivar a las personas a pensar bíblicamente.

Es mi deseo que este libro contribuya a despertar y a motivar su corazón hacia las actitudes espirituales clave que muevan y transformen su vida de adentro hacia fuera. Con eso en mente vamos a estudiar trece actitudes fundamentales, o columnas si lo prefiere, del carácter cristiano que las Escrituras enseñan que todos los seguidores de Cristo genuinos debemos poseer y que debemos continuamente desarrollar. No es una lista exhaustiva, pero cada actitud es esencial para el comportamiento cristiano maduro.

Los primeros cinco capítulos definen, explican e ilustran los pilares cristianos básicos de la fe, la obediencia, la humildad, el amor y la unidad. El capítulo 6 es un recordatorio de que el crecimiento espiritual es un mandato, no una opción. Los capítulos 7 al 9 lo animarán a exhibir las actitudes del perdón, el gozo y la gratitud en todo tiempo, incluso cuando las circunstancias dificultan hacerlo. El capítulo 10 es un estudio de la fortaleza espiritual, enfocando las características de un cristiano fuerte según 2 Timoteo 2. En el capítulo 11, se dará consideración a algunos principios de disciplina y las maneras prácticas de aplicarlos. El capítulo 12 contempla la naturaleza de la verdadera adoración, concentrándose en la enseñanza de Jesús a la mujer samaritana en Juan 4. Finalmente, en el capítulo 13 haremos un estudio cuidadoso de la actitud de la esperanza cristiana y veremos que esta es una maravillosa fuente de optimismo y de tranquilidad.

Sin ninguna duda, la cuestión crucial de vivir la vida cristiana es la condición de su corazón. ¿Está usted comprendiendo y aplicando los pilares fundamentales del carácter cristiano tan claramente bosquejado en la Palabra de Dios? El apóstol Pablo escribe este excelente

resumen de cómo se aplica una actitud piadosa a la vida diaria: “Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios; sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre” (Ef. 6:5-7). Es mi oración sincera que “hacer la voluntad de Dios de corazón” se convierta en una realidad permanente en su vida como resultado de este estudio.

EL PUNTO DE PARTIDA: UNA FE GENUINA

Dicho de manera común, la fe o la confianza refuerza cómo cada uno vive. Bebemos agua por varias razones y confiamos en que ha sido debidamente tratada. Confiamos en que los alimentos que compramos en el supermercado o que comemos en un restaurante no están contaminados. De manera rutinaria cambiamos o depositamos cheques, aún cuando el papel en que están escritos no posee valor intrínseco. Ponemos nuestra confianza en la honestidad de la compañía o la persona que emite el cheque. Algunas veces nos exponemos al bisturí del cirujano, aún cuando no tenemos ninguna experiencia en procedimientos médicos. Cada día ejercitamos una fe innata en alguien o en algo.

¿QUÉ ES LA FE ESPIRITUAL?

De igual manera, cuando usted tiene fe espiritual espontáneamente acepta ideas básicas y actúa en muchas cosas que no comprende. Sin embargo, su fe espiritual no actúa de manera innata como lo hace la fe natural. La confianza natural viene con el nacimiento natural, y la confianza espiritual es un resultado directo del nacimiento espiritual. Las conocidas palabras de Pablo en Efesios 2:8 nos recuerdan que: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”.

Una versión en lenguaje moderno de una de las antiguas confesiones de la iglesia (modelada estrechamente según la confesión de Westminster) proporciona esta clara descripción doctrinal de la fe práctica del creyente:

Por la fe un cristiano cree que todo lo que ha sido dado a conocer en la Palabra es verdad, porque en ella Dios habla autoritariamente. También percibe en la Palabra un grado de excelencia superior a todos los demás escritos, en verdad a todas las cosas que el mundo contiene. La Palabra revela la gloria de Dios como aparece en sus diferentes atributos, la excelencia de Cristo en su naturaleza y en los oficios que realiza, y el poder y la perfección del Espíritu Santo en todas las obras que emprende. De esta manera, el cristiano es capacitado para entregarse implícitamente a la verdad que es creída, y otorgar servicio según los diferentes requisitos de distintas partes de las Escrituras. A los mandamientos da obediencia; cuando escucha una amenaza, tiembla. Con respecto a las promesas divinas acerca de esta vida y de la vida venidera, las abraza. Por los actos principales de la fe salvadora se relacionan en primer lugar con Cristo cuando el creyente acepta, recibe y descansa solo sobre Él para la justificación, la santificación y la vida eterna. Y todo por medio de... la gracia. (*A Faith to Confess: The Baptist Confession of Faith of 1689* [Una fe para confesar: La confesión de Fe Bautista de 1689] [Sesées, Inglaterra: Carey Publications, 1975], 37)

De modo que la primera columna fundamental que el pueblo de Dios debe tener es la fe espiritual, o la confianza en Dios. Y esa actitud no crecerá ni se desarrollará a menos que creyentes individuales lleguen a conocer a Dios mejor cada día. Esa verdad es ejemplificada a través de las Escrituras. He aquí algunos ejemplos destacados:

- *Moisés*: “Jehová es mi fortaleza y mi cántico. Ha sido mi salvación. Este es mi Dios, a quien yo alabaré; el Dios de mi padre, a quien yo enalteceré” (Éx. 15:2).
- *David*: “Te amo, Jehová, fortaleza mía. Jehová, roca mía y cas-

tillo mío, mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré; mi escudo y la fuerza de mi salvación, mi alto refugio. Invocaré a Jehová, quien es digno de ser alabado, y seré salvo de mis enemigos” (Sal. 18:1-3).

• *Jeremías*: “Mi porción es Jehová; por tanto, en él esperaré”, dice mi alma” (Lm. 3:24).

• *Pablo*: “que por esto mismo trabajamos y sufrimos oprobios, porque esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen” (1 Ti. 4:10).

• *Juan*: “Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor, y el que permanece en amor permanece en Dios y Dios en él” (1 Jn. 4:15-16).

EL EJEMPLO DE FE DE HABACUC

Para un vistazo más profundo a cómo los santos bíblicos ejemplificaron la actitud de la fe, consideremos el caso del profeta Habacuc. Su ministerio tuvo lugar a finales del siglo siete a.C. durante los últimos días del poderío asirio y en los comienzos de la hegemonía de Babilonia (por los años 625 al 600 a.C.). La situación en los días de Habacuc era similar a la que confrontaron Amós y Miqueas. La justicia y la fidelidad básicamente habían desaparecido de Judá, había mucha maldad y violencia sin control en todo el territorio.

¿Por qué no hay respuesta, Dios?

El comienzo de la profecía o sermón de Habacuc revela su frustración y falta de comprensión de por qué Dios no intervenía en los asuntos de Judá y sobrenaturalmente ponía en orden las cosas:

“¿Hasta cuándo, Jehová, gritaré sin que tú escuches, y clamaré a causa de la violencia sin que tú salves? ¿Por qué me haces ver iniquidad y haces que vea tanta maldad? Ante mí solo hay destrucción y violencia; pleito y contienda se levantan. Por eso la Ley se debilita y el jui-

cio no se ajusta a la verdad; el impío asedia al justo, y así se tuerce la justicia”.

(*Hab. 1:2-4*)

El profeta se enfrentaba a un verdadero dilema. Probablemente ya le había pedido al Señor que hiciera brotar un avivamiento espiritual para que todo Judá se arrepintiera, o que juzgara al pueblo por su iniquidad, violencia, perversión de justicia y falta de atención a su ley. Pero Dios no haría ninguna de las dos cosas, y Habacuc no podía entender cómo podía Él observar la magnitud del mal de Judá y no actuar.

¿Por qué los caldeos?

Pero en el pasaje siguiente Dios le da a Habacuc la más asombrosa e inesperada respuesta:

“Mirad entre las naciones, y ved, y asombraos; porque haré una obra en vuestros días, que aun cuando se os contare, no la creeréis. Porque he aquí, yo levanto a los caldeos, nación cruel y presurosa, que camina por la anchura de la tierra para poseer las moradas ajenas. Formidable es y terrible; de ella misma procede su justicia y su dignidad. Sus caballos serán más ligeros que leopardos, y más feroces que lobos nocturnos, y sus jinetes se multiplicarán; vendrán de lejos sus jinetes, y volarán como águilas que se apresuran a devorar. Toda ella vendrá a la presa; el terror va delante de ella, y recogerá cautivos como arena. Escarnecerá a los reyes, y de los príncipes hará burla; se reirá de toda fortaleza, y levantará terraplén y la tomará. Luego pasará como el huracán, y ofenderá atribuyendo su fuerza a su dios”.

(*1:5-11*)

La revelación de Dios solo aumentó el desconcierto de Habacuc, porque no era eso lo que esperaba ni lo que deseaba oír. ¿Cómo es posible que Dios use a los caldeos, un pueblo pagano que era mucho más pecador que los judíos, para juzgar y castigar a su pueblo pactado?

Al fin y al cabo, a través de su historia los caldeos eran notorios

por ser un pueblo militarista y agresivo. Se formaron en las montañas del Kurdistán y Armenia, al norte de Irak, y posteriormente se establecieron por sus propios territorios en el sur de Babilonia en la parte superior del Golfo Pérsico. Desde los comienzos de la hegemonía Asiria sobre Babilonia, los caldeos fueron una fuente de oposición e irritación para los reyes asirios. A la postre, los caldeos tuvieron un papel preponderante en la caída de Asiria y en el establecimiento del nuevo imperio de Babilonia.

Los caldeos solo adoraban su fortaleza militar y estaban totalmente preparados para reducir a escombros la ciudad de Jerusalén. (En el antiguo Oriente Medio, las murallas de piedra de una ciudad o de un fuerte eran escaladas una vez que las tropas invasoras amontonaban escombros contra las murallas. Los escombros formaban una rampa sobre la que los soldados podían marchar y entrar en la ciudad.) Los caldeos eran pecadores, egocéntricos y rudos, y Habacuc no podía entender cómo Dios pudo escoger a un pueblo mucho peor que Judá como agentes para castigar a su pueblo.

La solución del dilema

El desconcertante dilema de Habacuc no podía resolverse mediante la sabiduría humana. Debido a que no entendía el plan de Dios, el profeta dirigió su mirada a la teología: “¿No eres tú desde el principio, oh Jehová, Dios mío, Santo mío? No moriremos. Oh Jehová, para juicio lo pusiste; y tú, oh Roca, lo fundaste para castigar” (1:12).

En el cenit de su confusión, mientras se hundía en la arena moveida de su dilema y percatándose de que no podía contestar sus propias preguntas, Habacuc sabiamente apeló a lo que sabía que era verdad acerca de Dios. Primero, reconoció que Dios es eterno y que ha existido desde la eternidad pasada y existirá en la eternidad futura. Habacuc trajo a su memoria que los problemas que él y la nación confrontaban en realidad eran parte de un breve período en la historia del mundo. El Señor era mucho más grande que cualquier pequeño segmento de tiempo, con todos los problemas, y “Él sabía todo el tiempo cómo todas las cosas encajan en su plan eterno”.

El profeta refuerza sus palabras iniciales al dirigirse a Dios como

“Oh, Jehová, Dios mío, Santo mío”. El vocablo *Jehová* relaciona a Dios íntimamente con la nación de Israel como el Dios que guarda el pacto y las promesas hechas a los padres. Habacuc sabía que Dios estaba y está en control en medio de cualquier circunstancia, Él es Omnipotente, y nada jamás se escapa de su control. Además, Habacuc reconoce que Dios es Santo, Él no se equivoca y lleva a cabo su programa perfectamente.

Habacuc necesitaba encontrar un fundamento espiritual seguro en su comprensión de quién Dios es y de lo que Él hace. Por lo tanto, él podía tranquilizarse de que “no moriremos”. Sabía que Dios permanecerá fiel y no destruiría a Judá, puesto que tiene que cumplir el pacto prometido que hizo con Abraham que garantiza un reino, un futuro y una salvación.

Habacuc vio la fidelidad de Dios, su persona en las palabras finales del versículo 12: “Oh Jehová, para juicio lo pusiste [a los caldeos]; y tú, oh Roca, lo fundaste para castigar”. Ahora acepta el hecho de que Dios era demasiado puro para aprobar o excusar el mal y que sus ojos no podían contemplar favorablemente la maldad. Por lo tanto, ha determinado castigar al pueblo de Judá, y soberanamente ha escogido a los caldeos para realizar ese castigo. Aún cuando Habacuc no hubiera escogido ese método de juicio, ahora podía decir con mucha más seguridad de fe que antes: “Veo y acepto lo que está ocurriendo”.

La fe resumida y aplicada

La esencia de la lucha de Habacuc con la definición de la fe quedó determinada cuando Dios le dijo: “He aquí que aquel cuya alma no es recta, se enorgullece; mas el justo por su fe vivirá” (2:4). La frase final de este versículo es una de las declaraciones más importantes en todas las Escrituras porque expresa de manera resumida la doctrina fundamental de la justificación por la fe. Por esa razón a la postre llegó a ser, en la traducción de la Reina-Valera: “El justo por la fe vivirá”, uno de los grandes lemas de la Reforma.

El historiador de la Reforma, J. H. Merle D'Aubigne, escribiendo en el siglo XIX, describe el descubrimiento de Martín Lutero de la verdad crucial de Habacuc 2:4 de esta manera:

Él [Lutero] comenzó su asignatura con una explicación de los Salmos, y de ahí pasó a la epístola a los Romanos. Fue de manera más concreta mientras meditaba en esta porción de las Escrituras que la luz de la verdad penetró en su corazón. Al retirarse a la quietud de su habitación, solía consagrar horas completas al estudio de la divina Palabra, esta epístola del apóstol Pablo era mantenida abierta delante de él. En una ocasión, al llegar al versículo diecisiete del primer capítulo leyó ese pasaje en el profeta Habacuc, “el justo por su fe vivirá”. Ese precepto le impresionó. Hay, por lo tanto, una vida para el justo diferente de la de otros hombres. Esa vida es el regalo de la fe. Esa promesa que recibió en su corazón como si Dios mismo la hubiera puesto allí, le reveló el misterio de la vida cristiana y aumentó esa vida en él. Años después, en medio de numerosas preocupaciones, se imaginaba que todavía escuchaba esas palabras: “el justo por su fe vivirá”. (*The Life and Times of Martin Luther* [La vida y los tiempos de Martín Lutero] 1846, Chicago: Moody, edición de 1978, 46)

Eso ocurrió cuando Lutero era un joven profesor de teología bíblica en la Universidad de Wittenberg en Alemania a principios de los años 1500. Esa comprensión lo afectó tan profundamente que algunos años después fue compelido a escribir las famosas noventa y cinco tesis y clavarlas en la puerta de la capilla de Wittenberg. Esas declaraciones desafiaron a la Iglesia Católica Romana a ser más bíblica en algunas de sus doctrinas y prácticas. Especialmente, Lutero estaba en desacuerdo con la venta de indulgencias por la iglesia para conceder perdón de pecados. Señaló que tal remisión es otorgada libremente como un regalo de gracia por Dios, pero solo a quienes vienen a Él en genuino arrepentimiento y fe. Poco después eso condujo a un desarrollo pleno de la doctrina bíblica de la justificación por la fe y al esparcimiento de la Reforma protestante a través de gran parte de Europa.

La declaración de Dios a Habacuc también se usa en pasajes clave del Nuevo Testamento. Además de su importante uso en Romanos

dilema sin solución o alguna dificultad ineludible, el Señor nos hace como ciervos espirituales que andan con seguridad sobre los lugares altos sin temor a despeñarse. Ninguno de los precipicios de la vida es demasiado contundente si tenemos la actitud de confianza en Dios, como la tuvo Habacuc.

LA FE ES POSIBLE A TRAVÉS DE CRISTO

En Gálatas 2:20 el apóstol Pablo da testimonio con respecto a la vida de fe: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Pablo simplemente dice que tanto él como otros genuinos creyentes en Cristo viven su vida confiando constantemente en el Salvador. El apóstol también dice: “porque por fe andamos, no por vista” (2 Co. 5:7). Eso significa que el cristiano, a la larga, no evalúa la vida a través de sus sentidos naturales, sino a través de los ojos de la fe. ¿Cómo podía Pablo estar tan confiado de que la vida cristiana podía funcionar de esa manera? Debido a lo que dijo a los filipenses: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (4:19). La clave verdadera para vivir una vida de fe es el medio divino suplido por la presencia constante y poderosa del Salvador y Señor Jesucristo.

Está claro, pues, que la primera gran actitud cristiana, la fe, comienza con la salvación y ha de caracterizar la totalidad de la vida cristiana. Es la columna fundamental sobre la cual edificar su vida, si usted dice que ama a Jesucristo. Ese era el argumento de Pablo en Romanos 5:1-10.

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y

El vocablo griego traducido *presciencia* denota una relación pre-determinada. Eso es el mismo concepto que define el plan de Dios para escoger a Israel de entre todas las otras naciones. Él pudo haber escogido una nación más prestigiosa y poderosa para proclamar su verdad al mundo, pero Él soberanamente predeterminó tener una relación especial y personal con Israel (vea Am. 3:2). Jesús habló de ese tema respecto de los creyentes cuando dijo “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (Jn. 10:27).

La elección según la presciencia de Dios es la primera fase de la salvación. El Señor predeterminó antes de la fundación del mundo tener una relación espiritual íntima con ciertas personas, esas que han creído o que aún creerán al evangelio antes del fin de la historia.

La frase siguiente de Pedro en el versículo dos “en santificación del Espíritu”, nos hace regresar a la santificación, la fase presente de la salvación. Eso que estaba en el decreto de Dios en la eternidad pasada (la elección) pasó a la esfera del tiempo a través de la santificación obrada por el Espíritu Santo.

Eso significa que los creyentes somos salvos, mediante el obrar del Espíritu: “Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (Jn. 3:5). De modo que el poder santificador del Espíritu comienza cuando somos salvos. La santificación incluye el ser apartado del control del pecado, la muerte, el infierno y Satanás y ser capacitado por el Espíritu Santo para vivir una vida de obediencia, conformada más y más a la imagen de Jesucristo.

Vivir una vida de obediencia es la tercera y futura fase de la salvación, como señala la afirmación de Pedro: “para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo” (v. 2). El propósito más extenso de la salvación es que todos los creyentes vivamos el resto de nuestra vida andando en obediencia al Señor. El apóstol Pablo ilumina y resume la fase futura de la salvación en Efesios 2:10 “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”.

vida. No se percata de cuán mala es su situación espiritual y vive engañado con respecto a sus necesidades espirituales.

Eso verdaderamente es aplicable a un inconverso que oye el evangelio pero no toma el tiempo para darle seria consideración. Las palabras de verdad no penetran y permanece engañado con respecto a su verdadera condición. Santiago 1:23-24 también es aplicable a una persona que asiste a la iglesia, oye la Palabra predicada, hace una profesión de fe, piensa que es cristiano, pero nunca aplica a su vida nada de lo que oye.

Desafortunadamente, un creyente genuino también puede ser engañado con respecto a cierta área de la vida cristiana en la que está pecaminosamente deficiente, vive como vivía antes y es engañado con respecto a la verdadera condición de su vida espiritual.

Santiago concluye presentando un perfil del cristiano obediente: “Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace” (v. 25). En el texto griego, el verbo “mira atentamente” se refiere a una mirada concentrada y prolongada para poder valorar algo correctamente. Usted debe examinar la perfecta ley de la libertad, que es la Palabra de Dios que lo libera del pecado y de la muerte (vea Jn. 8:32; 1 P.1:23-25; 2:2) y permanecer en ella. Solo siendo “un hacedor eficaz” en vez de “un oidor olvidadizo” será plenamente bendecido. Una actitud de obediencia produce verdadera bendición.

En conclusión, cuando experimentamos la salvación, hicimos con el Señor un pacto simple, pero de largo alcance. Por lo tanto, la actitud de obediencia debe acompañar la actitud de fe en la vida cristiana porque ambas son fundamentales para nuestra salvación. Las iglesias que tienen la bendición de tener a creyentes que exhiben las dos columnas de la fe y la obediencia también estarán llenas de gozo, poder y bendición de Dios.

cuando describió su constante batalla contra el pecado y concluyó diciendo: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (vv. 24-25).

Si continuamente lloramos por el pecado seremos continuamente consolados. Aunque podemos conocer ese consuelo en el presente (Mt. 11:28; 2 Ts. 2:16), este será completado solo en la gloria del cielo, donde: “Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Ap. 21:4).

Mansedumbre

La actitud de mansedumbre (Mt. 5:5), según la divina sabiduría de nuestro Señor, ocupa lugar en la presentación lógica de las bienaventuranzas. La pobreza de espíritu nos lleva a alejarnos de nuestro orgullo pecaminoso y a llorar debido a nuestras injusticias. Entonces la mansedumbre, que también es un producto de nuestra humildad, nos hará buscar la justicia de Dios.

El vocablo griego (*praos*) traducido “mansos” en el versículo 5, esencialmente significa “tierno” o “suave” y a veces describe a una medicina relajante o a una brisa suave. También describe el temperamento de animales cuyos espíritus salvajes naturales han sido quebrantados para hacerlos útiles como animales de trabajo. En los seres humanos define una actitud que era humilde, sumisa, tranquila y compasiva. Aunque Jesús, durante su entrada triunfal en Jerusalén, fue aclamado como el Rey de los judíos, Mateo dice también que venía “manco, y sentado sobre una asna” (21:5).

La mansedumbre ha sido siempre la voluntad de Dios para su pueblo. Job. 5:11 dice de Dios: “Que pone a los humildes en altura, y a los enlutados levanta a seguridad”. Números 12:3 dice: “Y aquel varón Moisés era muy manco, más que todos los hombres que había sobre la tierra” y David, el hombre según el corazón de Dios, escribió que el Señor: “Encaminará a los humildes por el juicio, y enseñará a los mansos su carrera” (Sal. 25:9).

denota una clase especial de justicia, *la justicia*, esa que es verdadera y solo procede de Dios, porque la realidad reside en Él.

Finalmente, la actitud de hambre espiritual es incondicional. Si tenemos esa clase de justicia, buscaremos y aceptaremos la justicia de Dios no importa cómo Él la provea, y obedeceremos sus mandamientos por muy desafiante y difícil que sea esa tarea. No seremos como el joven rico (Mr. 10:1-22) quien tenía hambre por las cosas de este mundo más que por las cosas de Dios. Sus condiciones egocéntricas para las bendiciones de Dios le impidieron recibirlas. El que tiene hambre espiritual solo desea a Cristo y su reino (vea Sal. 119:20; Is. 26:9), incluso si eso significa el no tener algunas de las riquezas materiales que las personas del mundo tienen.

Las actitudes que Jesús enseñó en Mateo 5:3-6 deben caracterizar a los creyentes a través de toda la vida en la tierra. Si usted es cristiano, no se convierte en alguien más digno de la salvación o más merecedor de la bondad de Dios que cuando primero entró en el reino. Todavía peca, y todavía es la gracia de Dios lo que lo sostiene. Por lo tanto, nunca hay un tiempo o un lugar para el ejercicio del orgullo egoísta en su vida. Cualquier característica piadosa u obra noble que pudieran manifestarse en usted son la obra del Señor, no de su propia ingeniosidad o en su bondad innata. Es por eso que Pedro nos exhorta en 1 Pedro 5:5-6: “Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes. Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo”.

EL AGUIJÓN EN LA CARNE DE PABLO

No caben dudas de que Dios quiere que los creyentes tengamos humildad. Pero debido a la pecaminosidad que persiste, a veces Dios hace lo que hace falta para hacernos humildes. Incluso el apóstol Pablo experimentó la obra humilladora de Dios en medio de su ministerio, no solo en su conversión cuando iba rumbo a Damasco:

“En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entrareis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos”.

(Mt. 18:1-4)

Justo en medio del debate orgulloso realizado por los mismos discípulos con respecto a quién de ellos sería el mayor en el reino, Jesús usó a un niño para ilustrar la humildad. Un niño es totalmente dependiente, y esa es la actitud que debemos tener si procuramos entrar en el reino de Dios. Tenemos que entrar con la fe y la obediencia semejante a la de un niño, y debemos vivir cada día la vida cristiana con una actitud de humildad semejante a la de un niño. Como escribió Augustus Toplady en la segunda estrofa de su gran himno “Roca de la eternidad”:

*Aunque sea siempre fiel
Aunque lllore sin cesar
Del pecado no podré
Justificación lograr
Solo en ti, teniendo fe
Deuda tal podré pagar.*

asume que es correcto mantener una relación homosexual.

El vocablo griego en Efesios 5:3 que abarca las diferentes formas de pecado sexual (“inmoralidad”) es *porneia*, de donde obtenemos el término castellano *pornografía*. Es lo opuesto al vocablo griego *enkrateia*, que normalmente se refiere a la moderación sexual. Esa es la palabra que Lucas usa en Hechos 24:25 para describir la confrontación que Pablo hizo al gobernador Félix: “Al disertar Pablo acerca de la justicia, el dominio propio y del juicio venidero...” En resumen, el apóstol le dijo a Félix, que le había quitado la esposa, Drusila, a su anterior marido y, por lo tanto, vivía en adulterio que estaba pecando al rehusar controlar sus deseos sexuales, y estaba por consiguiente bajo el juicio de Dios.

La pérdida de la moderación sexual también conduce a la “impureza (*akatharsia*), un término más amplio que *porneia*. Jesús usó el vocablo *akatharsia* para describir la putrefacción en las tumbas (Mt. 23:27), pero los otros usos en el Nuevo Testamento se refieren a pasiones pecaminosas, ideas impuras, fantasías y todas otras formas de pecado sexual.

La inmoralidad y la impureza son expresiones de “ambición” sexual egoísta, y la ambición es en general contraria a la naturaleza desprendida del amor. Esa clase de ambición se disfraza a sí misma como algo atractivo y remunerador, pero en realidad es dañina y odiosa porque no procura desinteresadamente la pureza de los demás, como lo hace el amor. Debido a que la ambición sexual puede parecer tan buena y puede tener un atractivo tan poderoso, cónyuges se abandonan entre sí, las familias se abandonan o destruyen unos a otros y los amigos se odian el uno al otro.

Una ambición sexual desmedida con frecuencia no se detendrá hasta que haya conseguido cumplir sus deseos malignos. Debido a que esos poderosos impulsos existen dentro de las personas, el pecado sexual está totalmente fuera de control, acompañado de una completa insensibilidad hacia los sentimientos y del bienestar de otros, de una terrible violencia y salvajismo e incluso de asesinato. Tristemente, un fenómeno de la pasada generación que ha producido consecuencias barbáricas es el aborto legalizado.

amables según los criterios humanos normales, pero el versículo 1 dice que el Hijo de Dios “amó a los suyos que estaban en el mundo [y] los amó hasta el fin”. El amor de Cristo hacia los suyos era [y es] incondicional. El amó a os discípulos hasta lo sumo, incluso cuando exhibieron la más terrible indiferencia hacia Él.

El versículo 3 comienza a desplegar la verdadera demostración del amor de Jesús. Sabía que Dios el Padre soberanamente había entregado todas las cosas en sus manos, que había sido enviado a la tierra por el Padre, y que regresaría a Dios en el tiempo determinado. No hay duda de que Jesús agonizó (en el Huerto de Getsemaní) con respecto a la cercana realidad de su muerte expiatoria en la cruz, pero Él no tenía temor alguno con respecto a los resultados de los acontecimientos (vea Jn. 17).

Con la perfecta seguridad de que todos los sucesos que le rodeaban estaban bajo el control de Dios, Jesús dirigió su atención amorosa hacia los discípulos (v. 4). Se despojó de su manto y se quedó solo con su ropa interior, probablemente dejó sus piernas y su torso al descubierto. Entonces tomó una toalla y se dio a la tarea de lavar los pies de los discípulos.

En el Antiguo Oriente Medio era apropiado, tanto por costumbre como por necesidad, lavar los pies antes de comer. En aquellos tiempos las personas usaban sandalias sin calcetines al andar sobre los polvorrientos caminos y los senderos sin pavimento. Era apropiado que el anfitrión de un banquete o uno de sus siervos lavaran los pies sucios de los invitados. Puesto que se acostumbraba tener cenas prolongadas con los asistentes reclinados junto a los pies de los otros, tener los pies limpios mejoraba grandemente la comodidad total de los invitados.

La tarea de lavar los pies normalmente correspondía a los esclavos que pertenecían al nivel más bajo en la escala social. De modo que no era un trabajo agradable. Evidentemente la habitación en Jerusalén que Jesús y sus discípulos habían conseguido para celebrar la Pascua no tenía un esclavo disponible, y ninguno de los discípulos se ofreció como voluntario para lavar los pies de los otros. Al parecer, ninguno quería humillarse a sí mismo de tal manera que quedara descalificado

LA UNIDAD: PERSEVERANCIA EN LA VERDAD

Nada es más demoledor o devastador para una familia que la discordia interna. Toda clase de pecados puede causarla: El orgullo, el egoísmo, la ira, la amargura, la envidia, la codicia y cosas semejantes. Y si esos pecados pueden arruinar familias, matrimonios, relaciones de negocios o amistades, sin duda alguna también pueden socavar o destruir la unidad de la iglesia. Como pastor y como dirigente de una iglesia, no hay nada más aterrador que contemplar cómo los pecados antes mencionados intensificados por un espíritu competitivo y conflictos de personalidad causan discordia y desunión entre los cristianos.

Si los creyentes fuéramos diligentes en la búsqueda congruente de los pilares del carácter bíblico: La fe, la obediencia, la humildad y el amor, la devoción por la unidad sería automática. Pero en el mundo real donde la iglesia funciona, la unidad es muy frágil y siempre susceptible a trastornarse. Como vimos respecto de la actitud del amor, el bien que Dios establece siempre será el blanco de los ataques destructivos de Satanás.

Satanás usa la pecaminosidad de los creyentes para promover la desunión dentro de la iglesia. Cuando dos o más personas insisten en hacer las cosas a su manera, las prioridades individuales a la postre entrarán en conflicto, y resultarán en discusiones. La unidad de la

dad no es una fe salvadora, genuina en el Señor Jesucristo, dicha unidad es ficticia porque no se basa sobre la verdad.

La otra tendencia dañina es pasar por alto comportamientos y actitudes pecaminosas y abrazar a cada uno de los que se cobijan bajo la sombra de la iglesia, sin tomar en cuenta cuán desobediente es a la Palabra de Dios. Pero el apóstol Pablo, en varias ocasiones, enseñó que la unidad cristiana no acoge a tales personas. Tito 3:9-11 dice: “Pero evita las cuestiones necias, y genealogías, y contenciones, y discusiones acerca de la ley; porque son vanas y sin provecho. Al hombre que cause divisiones, después de una y otra amonestación deséchalo, sabiendo que el tal se ha pervertido, y peca y está condenado por su propio juicio”. Un hereje que no se arrepiente, renuncia a cualquier derecho a ser aceptado dentro de la unidad de la comunión de la iglesia. Además, Pablo dijo a los tesalonicenses: “Pero os ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros” (2 Ts. 3:6). La “enseñanza” mencionada aquí no se refiere a normas rabínicas o reglas establecidas por los hombres, sino al conjunto de verdades de la fe y la práctica reveladas a Pablo por el Espíritu de Dios.

La cuestión aquí es que la verdadera unidad del Espíritu pertenece solo a los que afirman la verdad de Dios y viven una vida piadosa como resultado de ello. Si hay personas en nuestras iglesias locales que persisten en enseñar error o que rehúsan arrepentirse de su estilo de vida pecaminoso, los que caminamos con el Señor no podemos tener comunión con ellas.

LA PREOCUPACIÓN DE CRISTO POR LA UNIDAD

A pesar de lo que la Biblia enseña con respecto a la base genuina de la pureza doctrinal y moral, muchos en la iglesia contemporánea todavía no entienden la definición bíblica de la unidad. Con presteza señalan a Juan 17:21 “para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste”, como si quisieran decir que “Jesús

profesantes, son contrarias a una postura tan definida. Una razón es que muchas de esas personas quieren evitar la aplicación específica y la obediencia que una solidaridad definida y una convicción doctrinal requieren.

Con la verdad de Dios, sencillamente no puede haber dos puntos de vista conflictivos. Se admite que no podemos ni debemos ser dogmáticos con respecto a lo que no está ni plena ni claramente revelado (Dt. 29:29). Pero Dios no está en desacuerdo consigo mismo, y partes de las Escrituras no están en desacuerdo con otras partes de la misma. Así que Pablo dice a los corintios, y a todos los cristianos, que tienen que tener unidad doctrinal, una unidad que está basada clara y completamente solo en la Palabra inspirada de Dios.

El llamado del apóstol a la armonía doctrinal, por lo tanto, tiene ciertos distintivos. Está basado sobre las Escrituras, que fueron dadas por y cumplidas en Jesucristo (“por el nombre de nuestro Señor Jesucristo”). Y fueron completadas a través de las enseñanzas de los apóstoles. El llamado de Pablo es a un modelo que se aplica a todos los grupos de creyentes: “Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa”. Su regla era la doctrina apostólica que personalmente enseñó y exemplificó a las iglesias (vea el v. 17; 1 Co. 2:4).

Evitar divisiones

Pablo también exhorta a la iglesia en Corinto y a todas las demás a evitar las divisiones. De otro modo, nada de la unidad y la armonía que él deseaba ocurriría. El vocablo griego *schismata* que da origen al término castellano *cisma* es la palabra traducida “divisiones” en 1 Corintios 1:10 y que literalmente significa “romper o desgarrar”. En su significado más amplio se refiere a un juicio dividido, una diferencia de opinión, o una disensión. El Evangelio de Juan usa dicho vocablo para describir las diferentes evaluaciones que en cierta ocasión la gente hizo de Jesús: “Hubo entonces disensión entre la gente a causa de él” (7:43).

De acuerdo con nuestra discusión de las implicaciones prácticas

proceso de la santificación (nuestro crecimiento en santidad, lo que Pedro denomina “crecer para salvación” [1 P. 2:2]). (*Basic Christianity* [Cristianismo básico] [Downers Grove, Ill.: Intervarsity Press, 1958, 136])

EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL ES OBLIGATORIO

Es desalentador y decepcionante saber de creyentes que no se han desarrollado ni crecido en su fe. En primer lugar, una falta de crecimiento espiritual es innecesaria porque Dios ha provisto a cada cristiano, a través de su Palabra, de todos los recursos espirituales necesarios para el crecimiento. El crecimiento espiritual es esencial y posible. Además, es un mandato, no una opción, como lo demuestra la Palabra de Dios.

En 2 Pedro 3:18, el apóstol manda a todos los creyentes, diciendo: “Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén”. Debemos crecer en la esfera de la gracia de Dios y tanto en conocimiento bíblico como experiencia en la medida en que el Señor obra su voluntad a través de todos los desafíos de la vida, tanto los fáciles como los difíciles.

Sin embargo, no somos abandonados a nuestros recursos. El apóstol Pablo escribió estas palabras de estímulo. “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Co. 3:18). La Biblia es el espejo, y cuando abrimos la Palabra, la gloria de Dios se refleja y se manifiesta a nosotros a través de sus páginas. Cuando eso sucede, un verdadero crecimiento espiritual tiene lugar, y “somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”. Mientras miramos fielmente en su Palabra, Dios a través del Espíritu Santo nos hace crecer en niveles que van en aumento de madurez hacia la semejanza de Cristo.

Posteriormente, Pablo pidió que los corintios llegaran a ser “per-

a medida que estudiamos las Escrituras, tal como cuando vamos a un gimnasio. El ejercicio nos hará más fuertes y sentiremos que nos da grandes cantidades de fortaleza física y energía.

A medida que usted madura como un joven espiritual, poseerá un deseo vigoroso y apasionado por la verdad porque su teología se está centrando. Puede usar la Palabra para discernir los tiempos y los cambios en nuestra sociedad y de esa manera tratar las cuestiones importantes de la vida que nos rodean. Usted creerá, conocerá y entenderá lo que la Biblia enseña a las grandes verdades redentoras que dominan la Palabra de Dios. En ese sentido usted estará fundado en la roca firme y será fuerte.

Los padres espirituales

Tan emocionante como puede ser la vida cristiana durante el nivel anterior de crecimiento, ahí no es donde debe terminar nuestra madurez. Dos veces Juan identifica una tercera categoría de desarrollo en 1 Juan 2:13-14: “os escribo a vosotros padres... os he escrito a vosotros, padres”. Hay una clara diferencia entre este último nivel de madurez y el anterior. Mientras que el joven espiritual está emocionado con respecto a reunir su conocimiento bíblico y doctrinal y aplicarlo vigorosamente a todos los temas, el padre espiritual (hombre o mujer) posee cierto sentido de descanso, tranquilidad y profundidad de carácter. La razón de tener esa paz es reiterada por Juan en los versículos 13 y 14: “Porque conocéis al que es desde el principio”.

El apóstol dice que los creyentes más maduros comenzarán a tener un conocimiento más profundo de Dios. Esa no es ninguna clase de experiencia mística, sino una comprensión de las Escrituras que llega a ser más profunda y más rica en la medida en que progresá en el conocimiento de realidades y principios al conocimiento de Dios quien se ha revelado a sí mismo a través de las palabras de las Escrituras. Conocer al Padre más íntimamente implica cosas tales como experimentar la respuesta a oraciones de tal manera que no hay duda de que las oye y las contesta, y experimentan los sufrimientos y las pruebas de la vida en una medida que los lleva a comprender que Dios siempre está presente para sostener y consolar a sus hijos.

Sócrates le respondió: “Sígueme”, y se volvió y caminó en el mar. Continuó caminando y caminando, y el joven continuó siguiéndolo y siguiéndolo. Deseaba mucho tener al maestro Sócrates como mentor.

Finalmente, llegaron a la profundidad en la que el agua tocaba justamente el borde de sus labios. Sócrates entonces dio la vuelta y colocó ambas manos sobre la cabeza del joven y lo empujó debajo del agua. El joven, queriendo ser un estudiante obediente, permaneció debajo del agua por un poco de tiempo.

Pero pronto comenzó a escupir y a chisporrotear a su alrededor mientras cogía aire. Durante ese tiempo Sócrates, quien evidentemente, era fuerte lo mantenía debajo del agua. Pronto el joven comenzó a soplar grandes burbujas y agitarse enloquecidamente. Finalmente, Sócrates retiró sus manos de su candidato a estudiante, quien saltó a la superficie del agua.

Haciendo esfuerzos para respirar y escupiendo agua de su boca, el joven frenéticamente le preguntó al filósofo, ¿por qué hizo usted eso? ¿Por qué?

Sócrates le contestó: “Cuando deseas aprender tanto como deseas respirar, seré tu maestro”.

Cuando los creyentes queramos encontrar y conocer la verdad de la manera como algunas personas buscan tesoros naturales, cuando los creyentes ansiemos la Palabra de Dios tan apasionadamente como un bebé desea la leche, creceremos y maduraremos y llegaremos a ser semejantes a Cristo.

Josué 1:8 proporciona un resumen adecuado para nuestro estudio del crecimiento espiritual: “Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que está escrito en él, porque entonces harás prosperar tu camino y todo te saldrá bien”: La clave está en absorber la Palabra de Dios y vivirla diariamente.

y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle. Y fue y se arrimó a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse".

El hijo en esta parábola se asemeja a muchos hijos hoy: Fatuo, avaro, egoísta, licencioso, ansioso de apoderarse de riquezas por las que no ha trabajado, y derrochador en la manera como gasta el dinero en compañía de personas irresponsables e indiferentes que lo dejan en la misma miseria cuando los recursos se agotan. Al volver en sí en un corral de cerdos, su condición refleja su vida. Dándose cuenta de que los jornaleros de la casa de su padre lo pasan mejor que él, decide regresar a su casa.

La última cosa que el hijo espera es el perdón. Solo quiere la oportunidad de regresar a casa, reconoce cuán terrible y vagabundo hijo ha sido, y convertirse en un esclavo. Por lo menos tendrá un lugar donde vivir y un buen plato de comida para alimentarse.

Al describir la llegada del hijo a la casa del padre, Jesús nos enseña lo que significaba perdonar, sobre la base de cómo Dios perdona. Tan pronto como el padre ve al hijo a la distancia, corre a su encuentro,

cuando los otros siervos (que representan a los creyentes) fueron con mucha tristeza e informaron al rey lo que había ocurrido.

El monarca, tal como ocurriría con nuestro santo y justo Dios, “se enojó” (v. 34) por el insólito pecado de aquel hombre. El peor aspecto del pecado no fue la exigencia del pago de una deuda relativamente pequeña, sino la terca resistencia a perdonar a un consiervo en el espíritu en el que el primer siervo encontró misericordia. El siervo perdonado definitivamente no estaba siguiendo el principio que el apóstol Pablo expresó posteriormente en Efesios 4:32.

Cuando Dios necesita disciplinar a los creyentes por cualquier pecado grave, lo hace de la manera más imparcial, mucho más de lo que podría serlo el castigo de cualquier rey. El Señor, aunque siempre le disgusta el pecado, disciplina a sus hijos porque los ama (He. 12:6; 10-11). Si se les olvida el perdón que recibieron (como ocurrió con el primer siervo) y rehúsan perdonar a sus hermanos, Dios hace que sufran tales molestias como el estrés, privaciones, cargos de conciencia y otras pruebas hasta que confronten el pecado. Santiago dice: “Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no hiciere misericordia; y la misericordia triunfa sobre el juicio” (Stg. 2:13).

Creo que la lección de la parábola es clara: Cualquier creyente que ofende a otro creyente ha ofendido a Dios mucho más y Dios le ha perdonado. El creyente ofendido, por lo tanto, debe estar siempre dispuesto a perdonar al hermano o hermana que pecó contra él y pedirle que lo perdone. Los cristianos siempre debemos reflejar el perdón de Dios porque hemos experimentado el mismo perdón.

El perdón genuino, sin embargo, no excusa el mal hecho por otros. La compasión y la misericordia no racionalizarán una ofensa, sino que siempre la llamarán por su nombre. Pero al confrontar un pecado, el creyente perdonado eliminará la amargura y todo otro sentimiento negativo que solo puede aumentar el pecado en vez de eliminarlo. Entonces él o ella puede confiada y sinceramente orar la conocida oración: “Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mt. 6:12).

es simplemente una emoción humana divinamente estimada. En cambio, gozo es un don sobrenatural de Dios para los creyentes. A eso se refería Nehemías cuando dijo: “el gozo de Jehová es nuestra fuerza” (Neh. 8:10).

El gozo espiritual no es solo un don de Dios, sino también un mandato para todos aquellos que le conocen: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!” (Fil. 4:4; vea 1 Ts. 5:16). Igual que otras características de la vida cristiana (ser llenos del Espíritu Santo, comprender nuestra unidad espiritual, etcétera) Los creyentes no necesitan inventar el gozo ni utilizar toda clase de artilugios para encontrarlo. Sencillamente necesitan dar gracias al Señor por el don y deleitarse en las maravillosas bendiciones que el gozo ya brinda (vea Ro. 14:17).

EL GOZO: UN MANDATO REPETIDO

Debido a que Dios manda a los creyentes a tener gozo, es fácil comprender que el gozo es otra columna fundamental o actitud del carácter cristiano. El mundo pecaminoso en el que vivimos nos ofrece suficientes razones para estar afanosos, turbados, preocupados y temerosos, pero ninguno de esos factores negativos debe afectarnos seriamente. Eso se debe a que el Nuevo Testamento está repleto de exhortaciones e instrucciones respecto del gozo. Solo en Filipenses se menciona diecisiete veces. Ya hemos notado el mandamiento básico del apóstol Pablo en 4:4, pero también habla del gozo en estos versículos clave (cursivas añadidas):

“Y confiado en esto, sé que quedará, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe”.

(1:25)

“completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa”.

(2:2)

“Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio

del gozo como un componente esencial del reino de Dios. Es un gozo espiritual que procede de Dios a través de Jesucristo, concedido por el Espíritu Santo. Y ninguna circunstancia en la vida, excepto cuando pecamos, debe quitarnos legítimamente nuestro gozo si de verdad conocemos y confiamos en el Señor. Aún cuando el pecado nos roba el gozo, esa experiencia no debe durar mucho porque tan pronto como confesamos nuestro pecado, Dios permite que nos gocemos en su perdón (1 Jn. 1:9).

Debido a que el verdadero gozo nos da la confianza de que Dios está soberanamente manifestando todas las cosas para nuestro bien y para su gloria, tenemos abundantes razones para regocijarnos y dar gracias al Señor por lo que está haciendo en nuestra vida. Las siguientes son algunas de las razones por las que quienes conocemos a Cristo debemos regocijarnos constantemente.

Primero, debemos tener gozo porque *el gozo es un acto de respuesta adecuada al carácter de Dios*. El gozo se origina porque sabemos que Dios es soberano, misericordioso, amante, compasivo, bondadoso, omnipotente, omnisciente y omnipresente. Porque Él procura nuestro bienestar, podemos tener confianza en medio de todas las cosas que Él pone en nuestro camino. Eso está basado en un conocimiento profundo y sincero de Dios que se percata de que cuando las personas hacen las cosas para mal, Dios las encamina para bien (Gn. 50:20). Tenemos la confianza de que Él obra todas las cosas para el bien de los que le aman (Ro. 8:28). No podemos gozarnos siempre solo en nuestras circunstancias, pero sí podemos regocijarnos siempre en el Dios que controla nuestras circunstancias.

Nuestro gozo en el carácter de Dios es acrecentado porque su carácter es inmutable. En verdad sería aterrador si Dios fuera caprichoso y jamás pudiéramos confiar en sus palabras y acciones. Pero Dios no es así. Su gracia es siempre dispensada de manera congruente. Su justicia es siempre correcta e imparcial. Siempre cumple lo que promete. Santiago 1:17 nos asegura esas verdades: “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación”.

En segundo lugar, los cristianos debemos regocijarnos porque el

Finalmente, el *aprecio por la comunión cristiana* debe siempre producir gozo en nosotros. Pablo dijo a los tesalonicenses: “Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios?” (1 Ts. 3:9).

¿QUÉ SUCEDA SI FALTA EL GOZO?

A pesar de todas las razones bíblicas para obedecer el mandato de Dios a regocijarse sinceramente siempre, todos los creyentes experimentaremos tiempos cuando nos faltará el gozo en nuestra vida. Pablo manda a todos los creyentes, diciendo: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” (2 Co. 13:5). Si el gozo está ausente de su vida, hay numerosas maneras de descubrir las razones.

Primero, podría ser que usted *no conoce al Señor*. Podría estar confiando en una falsa seguridad de salvación. Eso es lo que Jesús dijo a los discípulos cuando interpretó la parábola del sembrador: “Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza” (Mt. 13:20-21; vea los vv. 5-6). Algunas veces, cuando las personas oyen el evangelio por primera vez, hay un sentido emocional de gozo inmediato y un realce psicológico, pero eso no dura. Si una persona lucha constantemente por tener gozo y es incapaz de controlar los desafíos de la vida, podría ser que realmente no conoce a Cristo. De ser así, necesita prestar atención al mandamiento de Pablo en 2 Corintios 13:5, arrepentirse y creer.

En segundo lugar, usted puede estar falso de gozo porque *está bajo una muy severa tentación*. El apóstol Pedro escribe: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 P. 5:8). Nada agrada más a Satanás que ser capaz de robarle el gozo durante los tiempos de severa tentación. La solución es no permitir que sus preocupaciones se con-

medad era muy contagiosa. Es por eso que en el relato de Lucas el grupo con frecuencia se mantenía a una distancia considerable cuando Jesús y sus acompañantes entraron en la ciudad.

El aparentemente extraño mandato de Jesús a los hombres a mostrarse al sacerdote era parte del proceso normal, como lo establece la ley de Moisés, para tratar con la lepra y para asistir en la recuperación de esta. Cuando una persona estaba segura de que estaba curada de la enfermedad debía someterse a una ceremonia de purificación del sacerdote para asegurar, tanto como fuera posible en tiempos antiguos, que la persona en realidad estaba curada y podía reincorporarse a la sociedad normal. En este estupendo relato, la curación ocurrió milagrosa e inequívocamente cuando los hombres ejercitaron fe y fueron a ver al sacerdote.

Es casi inconcebible que alguien pudiera ser curado de una terrible enfermedad tal como la lepra, que aislabía a un hombre o una mujer de su familia y de sus amigos y lo separaba de los acontecimientos normales en la sociedad y en la sinagoga, y no sentirse abundante y permanentemente agradecido. Pero eso es exactamente lo que sucedió con nueve de los diez leprosos que Jesús sanó. Además, el hombre agradecido era un samaritano, lo que quiere decir que era de una raza mixta que se originó por la mezcla de judíos con cananeos y asirios. Los samaritanos eran despreciados por los judíos devotos, y como resultado se había desarrollado un odio mutuo entre ambos pueblos. Así que era en verdad sorprendente que un samaritano fuera el único que regresó, se postró a los pies de Jesús, un judío, para darle las gracias.

La historia de los diez leprosos es una poderosa ilustración de cuán terrible es el pecado de la ingratitud. Pero la actitud de la ingratitud exhibida por los nueve leprosos no es tan inesperada de quienes no tienen una relación salvadora con Cristo. En la acusación que apóstol Pablo hace a la humanidad incrédula y a su sociedad pecaminosa en Romanos 1:18-23, su inculpación es muy específica. El versículo 21 comienza con la frase “habiendo conocido Dios” que significa que todos los que vienen a este mundo saben acerca de Dios, aún cuando no tienen una fe personal salvadora en Él. Pero a conti-

y eso se convierte en más gloria para Dios. Por ejemplo en 2 Corintios 9, la iglesia estaba recibiendo el dinero de los creyentes, algo que se convertía en un ministerio que haría que otros creyentes, los judíos cristianos en Jerusalén dieran gracias a Dios. Los judíos darían gracias a Dios porque la salvación de los corintios era genuina, cosa que se reflejaba en la generosidad de sus contribuciones. Dios es digno de que se le dé gracias, y desea oír nuestra gratitud por todas las cosas.

En resumen, al leer las cartas de Pablo, es evidente que, bajo la dirección del Espíritu Santo, él destaca constantemente el mandamiento de que los creyentes siempre deben manifestar gratitud. El apóstol sistemáticamente relaciona esta columna esencial del carácter cristiano con cada aspecto del comportamiento, como lo manifiestan los siguientes pasajes:

“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”.

(Fil. 4:6)

“Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias”.

(Col. 2:6-7)

“Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñándoos y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor con salmos e himnos y cánticos espirituales. Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”.

(Col. 3:15-17)

“Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo

mediante otras directrices importantes, notablemente su disposición y su habilidad de estar satisfecho con muy poco (1 Ti. 6:6-8), a vivir por encima de las circunstancias de la vida (2 Co. 12:10), a descansar solamente en el poder de Dios y en su provisión (Gá. 2:20; Ef. 3:16; Fil. 4:13), y estar completamente preocupado con el bienestar de otros (Fil. 2:3-4; 4:17). (Para una discusión más completa del contentamiento, ver mi libro *Anxiety Attacked* [La ansiedad enfrentada] (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1993], 107-120.)

Esos aspectos de contentamiento ayudan a reforzar la actitud de la gratitud cristiana. Era suficiente para el apóstol Pablo que Dios había planificado todas las cosas en su vida y le había dado toda bendición espiritual y que se mostraba fiel y poderoso en las circunstancias de la vida. Pablo podría estar de acuerdo fácilmente con las palabras del Salmista: “Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (Sal. 73:26). Y concluyó su enseñanza a los filipenses con estas afirmaciones de promesa y alabanza: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Fil. 4:19-20). Existe la misma razón hoy día para que todo cristiano esté contento y siempre lleno de acción de gracias alabanza a Dios.

taleza espiritual, y todo creyente maduro conoce casi intuitivamente lo que esa definición supone. Pero la pregunta persiste: ¿Cómo aplicamos las verdades con respecto a la fortaleza? ¿Cómo nos apropiamos de las numerosas exhortaciones bíblicas y las convertimos en una actitud espiritual eficaz que resulta en una vida justa?

El apóstol Pablo nos ayuda a tener un control práctico del concepto de la fortaleza en sus instrucciones a Timoteo:

"Tú, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo Jesús. Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros. Tú, pues, sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo. Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado. Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente. El labrador, para participar de los frutos, debe trabajar primero. Considera lo que digo, y el Señor te dé entendimiento en todo".

(2 Ti. 2:1-7)

Timoteo era hijo espiritual de Pablo, un verdadero discípulo que conocía el corazón del apóstol tan bien como cualquiera. Pablo había designado a Timoteo para que lo sustituyera en su ministerio después de su partida. Pero mientras tanto, después del primer encarcelamiento de Pablo, el apóstol le pidió a Timoteo que se encontrara con él en Éfeso, el lugar de una de las iglesias más fuertes e influyentes que Pablo había establecido.

Mientras estaba en la prisión, Pablo supo que los responsables de la iglesia en Éfeso se habían corrompido, que los miembros estaban abandonando sus responsabilidades, que la impiedad se había introducido en la asamblea. De manera que Pablo solicitó la ayuda de Timoteo para hacer que la iglesia volviera al camino correcto (vea 1 Ti. 1:3).

Después de que Pablo hizo frente a algunos de los problemas más difíciles en Éfeso, como el de excomulgar a los pastores herejes Himeneo y Alejandro, se fue a realizar ministerio en Macedonia y

Cristo. Eso nos exigirá el ejercicio de otras características, como ser vigilante (Lc. 12:35-40), comprender las estratagemas de Satanás (Ef. 6:11; 1 P. 5:8-9), y ejercitarse en el discernimiento (1 Ts. 5:20-21; 1 Jn. 4:1; vea He. 17:11). Todas las cosas demandan la vigilancia y la energía de un verdadero soldado en la labor de reconocimiento.

Un segundo componente del estilo de vida del buen soldado de Cristo es que *no se enreda en los negocios de la vida*. En el ámbito secular, cuando alguien es llamado al servicio militar activo tiene que cambiar todas las relaciones previas y hacer del cuerpo militar su trabajo a todo tiempo. No tiene vida privada ni personal de que hablar. Se viste de uniforme, vive en un ambiente especial y está bajo la autoridad y el control de sus superiores durante todo el tiempo que esté en el ejército.

Ser un soldado en el ámbito espiritual es muy similar. Hemos sido llamados a servir al comandante supremo, el Señor Jesucristo, y eso es a tiempo completo, o sea, un compromiso para toda la vida. Podría llevarnos a niveles severos de sufrimientos, como en el caso de Pablo, o a un nivel mucho más liviano de infortunio, como ocurre con la mayoría de nosotros.

No es que los cristianos no trabajamos para ir a la escuela. Pero cuando estamos en el trabajo, en el aula o en la vecindad, somos soldados de Jesucristo. Nuestra principal preocupación es la batalla espiritual. Ya sea que confrontemos cuestiones como las falsas ideologías que atrapan a las personas en el pecado y en el error o las falsas doctrinas que llevan a los creyentes bajo la influencia de Satanás. Dondequiera que los creyentes estemos y cualquiera que sea la cuestión, no podemos poner a un lado la responsabilidad de ser un soldado cristiano.

Finalmente, el verdadero soldado de Jesucristo, *procura agradar a aquel que lo tomó por soldado*. Si estamos metidos en una guerra espiritual, está claro que hay solamente una persona a quien en realidad tenemos que rendir cuentas. Esa persona es Dios, nuestro comandante. El apóstol Pablo, los otros apóstoles, los profetas y todos los fieles siervos del Señor han anticipado el día cuando estarán en su presencia y oír las palabras: “Bien, buen siervo [soldado] fiel” (Mt. 25:21-23; vea el v. 34). Ese debe ser también nuestro incentivo, como

ban parte. Por lo tanto, el Nuevo Testamento frecuentemente usa las competencias atléticas como metáforas de la vida cristiana. Pablo dijo a los ancianos de la iglesia en Éfeso: “Pero de ninguna cosa hago caso, ni estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hch. 20:24). En Gálatas 2:2 el apóstol expresa su temor de “no correr o haber corrido en vano”. Después, en la misma epístola, reprende a los gálatas así: “Vosotros corréis bien; ¿quién os estorbó para no obedecer a la verdad?” (5:7). El apóstol exhortó a los filipenses a vivir siempre “asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado” (Fil. 2:16). Y a su discípulo Timoteo escribió: “Y también el que lucha como atleta, no es coronado si no lucha legítimamente” (2 Ti. 2:5). El epitafio del propio Pablo, escrito poco antes de su martirio, dice: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (2 Ti. 4:7). El gran apóstol completó su carrera triunfante.

El escritor de Hebreos también relaciona la vida cristiana con una carrera, exhortando a sus lectores así: “Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante” (12:1).

Pero el cuadro más detallado de la vida cristiana como una competencia atlética aparece en la primera carta de Pablo a los corintios:

“¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado”.

(1 Co. 9:24-27)

importante para él que, comparado con esto, su vida no tenía valor para él: Servir a Cristo hasta su último aliento. La dedicación de Pablo a la causa de Cristo produjo en él una tremenda autodisciplina. Y esa autodisciplina lo mantuvo en el camino hasta el final de su vida (2 Ti. 4:7).

Cuando recuerda quien es su dueño, reconoce el pacto de obediencia que usted hizo en el momento de la salvación, reconoce el pecado como una violación de su relación con Dios aprende a controlar su imaginación, y vive para proclamar el reino de Dios se convertirá en una persona autodisciplinada que agrada al Señor.

Dios: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Ro. 11:33-36)

Pablo concluye la carta a los romanos con otra doxología:

“Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al único y sabio Dios, sea gloria mediante Jesucristo para siempre. Amén”.

(Ro. 16:25-27)

Gálatas 1:3-5; 1 Ti. 1:13-17; 2 Ti. 4:18 registran otras ocasiones en los que el corazón de Pablo se desborda de alabanza y adoración a Dios.

En su conversación con la mujer samaritana, Jesús establece tres verdades fundamentales con respecto a la adoración: Su origen, su objeto y su naturaleza. Entender esos principios clave lo ayudará a usted a adorar a Dios como Él merece.

EL ORIGEN DE LA ADORACIÓN

¿Dónde se origina la adoración? Jesús contestó esa pregunta cuando le dijo a la mujer samaritana: “Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Jn.4:23). Las personas se convierten en verdaderos adoradores de Dios solo porque es Él quien primero los busca. Jesús dijo en Lucas 19:10: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. El hombre caído, muerto en delitos y pecados (Ef.

notarse especialmente lo que dijo en Mateo 6:1-2: “Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa”. Esos versículos captan la esencia de la religión de los judíos. Era solo un espectáculo externo, vacío de toda devoción interior y de amor hacia Dios.

Tristemente, esos dos extremos de falsa adoración permanecen con nosotros hoy. Algunos adoran a Dios solo de labios, pero el corazón de cada uno de ellos está lejos de Él (vea Is. 29:13). Otros entusiasticamente promueven la herejía. ¿Cómo podemos evitar la herejía entusiasta de Monte Gerizím y la árida ortodoxia de Jerusalén? Mediante la adoración de Dios en espíritu y en verdad. La verdadera adoración debe incluir ambas cosas. Jesús declaró: “Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren” (Jn. 4:24).

Adorar a Dios en espíritu

El vocablo “espíritu” en el versículo 24 no se refiere al Espíritu Santo, sino al espíritu humano. Habla del ser interior de la persona real. La verdadera adoración, según Jesús, no es una cuestión de cosas externas. No tiene que ver con el adorar en cierto lugar, a cierta hora, usando ciertos ritos o vestidos con ciertas ropas. La verdadera adoración es cuestión del corazón. Pablo usa una palabra griega que se refiere especialmente a la adoración de Dios en Romanos 1:9 cuando dice que servía a Dios en su “espíritu”. David escribió: “Bendice, alma mía, a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre” (Sal. 103:1). La adoración que David rindió a Dios procedía de lo más profundo de su ser.

Hay cuatro requisitos básicos para adorar a Dios en espíritu:

Usted tiene que estar espiritualmente vivo. Sin el nuevo nacimiento, nadie puede verdaderamente adorar a Dios, como expresa Pablo en 1 Corintios 2:14 “Pero el hombre natural no percibe las cosas que son

que no hay vida después de la muerte. Esa postura les permite ir en pos de una filosofía hedonista de la vida para poder vivir sin ningún código moral y hacer cualquier cosa que les de placer porque creen que no hay juicio de la inmortalidad.

Ya sea que los inconversos sostengan una perspectiva sombría del futuro o una esperanza optimista del mañana y la eternidad, la verdad es que ellos: “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12). Cualquier persona sin Dios y sin Cristo no tiene esperanza para el futuro. Sin esperanza, la muerte adquiere proporciones terroríficas. Todo lo que queda es el infierno eterno, sufrimiento eterno y castigo eterno. Es por eso que Job 27:8 dice: “Porque ¿cuál es la esperanza del malvado, por mucho que haya robado, cuando Dios le quite la vida? Proverbios 10:28 añade: “La esperanza de los justos es alegría, mas la esperanza de los malvados perecerá”.

Solo hay dos posibles destinos en la eternidad, el cielo o el infierno, y Dios creó esos dos destinos. Los que van camino al cielo por la fe en Jesucristo tienen esperanza. El resto no tiene esperanza y experimentará la desesperación eterna del infierno de que el dolor nunca cesará. Ese es el vivo ejemplo de la desesperación.

UNA DEFINICIÓN DE LA ESPERANZA

Considero que es algo espantoso contemplar la vida sin esperanza. Afortunadamente, quienes hemos puesto nuestra confianza en Jesucristo tenemos razón para confiar, y esa no es la manera como el mundo define la esperanza. La mayoría de las personas usan el vocablo esperanza como un sinónimo de “deseo” o “ganas”. Esperan que alguien que anhelan ver los visite, esperan conseguir el empleo que buscaban, esperan conseguir las calificaciones que han procurado, esperan que sus sueños se hagan realidad.

Pero en la Biblia la esperanza no es un deseo, sino una realidad, un hecho que aún no se ha realizado. La esperanza bíblica es una realidad que Dios ha prometido y que ha de cumplir. Como tal, repre-

Nuestra esperanza está asegurada por la resurrección de Cristo

Pedro lo expresa claramente diciendo: “Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 P. 1:3). Jesucristo resucitó de los muertos. Más de quinientas personas lo vieron en una ocasión (1 Co. 15:6). Sus discípulos tuvieron comunión con Él después de su resurrección (Lc. 24:36-49; Jn. 20:19; 21:23). Comieron con Él y lo tocaron. Vieron las marcas en sus manos como resultado de su crucifixión. Antes de su crucifixión Jesús dijo: “Todavía un poco, y el mundo no me verá más, pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Jn. 14:19). Esa es nuestra esperanza, Él pasó por la muerte, pero surgió de ella vivo, preparando el camino para nosotros.

Nuestra esperanza es confirmada por el Espíritu Santo

Romanos 15:13 dice: “Y el Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo”. La Biblia explica nuestra esperanza, y cuando pasamos por alguna crisis, el Espíritu Santo nos llena de poder para soportarla. El conocimiento de las Escrituras trabaja en combinación con el poder dinámico del Espíritu para sostenernos en las horas más negras, capacitándonos para aferrarnos a su esperanza.

Nuestra esperanza es una defensa contra los ataques de Satanás.

Satanás quiere que dudemos y cuestionemos a Dios. Él ataca nuestra mente con dudas con respecto a la realidad de nuestra salvación. Pero nosotros estamos vestidos con la coraza de fe y amor, y con la esperanza de salvación como yelmo (1 Ts. 5:8). De modo que podemos permanecer seguros en el conocimiento de la Palabra de Dios y sus muchas promesas de nuestra eterna salvación (Jn. 6:37-39; 10:28-29; Ro. 5:10; 8:31-39; Fil. 1:6; 1 P. 1:3-5). El Espíritu Santo nos da el fundamento sobre el cual edificar nuestra esperanza.

La esperanza se cumple en la semejanza a Cristo

Juan continúa diciendo: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es" (v.2). Nuestra esperanza aún no está plenamente realizada. Tito 2:13 dice que estamos "aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo". Cuando Cristo regrese, nuestra esperanza se cumplirá.

Recuerde las palabras de Pablo: "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos" (Ro. 8:29). El plan de Dios es redimir a sus elegidos y hacerlos semejantes a Cristo. Cuando Jesús regrese para arrebatar a la iglesia, veremos el cumplimiento de ese diseño y seremos hechos en la semejanza de Jesucristo.

Pablo nos recuerda cuál es nuestra meta en esta vida: "prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús" (Fil. 3:14). Tanto la meta como el premio es la semejanza a Cristo. La meta de nuestra salvación es la semejanza a Cristo, el cumplimiento de nuestra esperanza es la semejanza a Cristo, y la búsqueda de nuestra vida es ser más y más como Cristo.

La esperanza es garantizada por la pureza

Juan concluye esta sección diciendo: "Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro" (1 Jn. 3:3). Cuando vivimos con la meta de ver a Jesucristo cara a cara, eso tendrá un efecto purificador en nuestra vida. Cuando nos encontramos con Él, Él examinará nuestra obra y nos recompensará (1 Co. 3:10-15). Pero es posible que perdamos nuestro galardón, de modo que: "Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo" (2 Jn. 8).

Sé que el Señor puede volver en cualquier momento, así que mi meta ha sido vivir de tal manera que cuando me enfrente a Él pueda

2. ¿Alguna vez ha tenido una disputa por un contrato hecho con alguien? De ser así, ¿cuán importante para usted ha sido el apego de la otra persona a los términos del contrato? ¿Cree que la mayoría de las personas hoy día todavía toman con seriedad las condiciones de un negocio y los acuerdos legales como se hacía en generaciones previas? Explíquelo.

Conteste estas preguntas

1. ¿Qué tiene de básico la Gran Comisión (Mt. 28:19-20)?
2. ¿Qué verdad expresa el apóstol Juan por lo menos tres veces? Cite una de las referencias.
3. ¿Cómo fue el mensaje del evangelio siempre predicado en el Nuevo Testamento? Mencione tres ejemplos.
4. ¿Cuál es el significado bíblico correcto del vocablo presciencia? ¿Qué significado incorrecto con frecuencia recibe?
5. ¿Cuándo comienza nuestra santificación y qué incluye (vea Jn. 3:5; 1 P. 1:2)?
6. Resuma la fase futura de la salvación como lo expresa Efesios 2:10
7. ¿En qué actividad importante estaba ocupado Moisés justo antes de los sucesos de Éxodo 24:3-8?
8. ¿Qué promesa básica hizo Dios en la ley de Moisés? Como resultado, ¿a qué se comprometió su pueblo?
9. ¿Qué característica física del altar de Moisés representaba la participación del pueblo en el pacto?
10. ¿Cuál era la importancia de los sacrificios de animales y de la sangre de dichos animales?
11. ¿Cómo puede la salvación resumirse como un pacto de obediencia? (vea Jer. 31:33; Ez. 36:26-27).
12. ¿Qué ilustración proporciona Romanos 6:16-18 como la actitud predominante y el deseo de todo cristiano genuino?
13. ¿Qué le ocurre a cualquiera que no aplica las Escrituras a su vida sistemáticamente (Stg. 1:22-25)?

Céntrese en la oración

- Invierta algún tiempo adicional en oración esta semana dando

- nes hoy? ¿Qué esperaba él de su padre?
4. ¿De qué manera es el encuentro del padre y el hijo en la parábola del hijo pródigo análogo con el encuentro de Dios con el pecador arrepentido?
 5. ¿Qué representa la enorme deuda en Mateo 18:24?
 6. ¿De qué manera los inconversos hacen uso indebido y desperdician su mayordomía de la vida?
 7. ¿Por qué sí (o por qué no) y cómo deben (o no deben) todos los pecadores responder como lo hizo el primer siervo en Mateo 18:23-25?
 8. ¿Cómo podría el Señor disciplinarnos si rehusamos perdonar? ¿Cómo está eso relacionado con la lección de Mateo 18?
 9. ¿Qué mezcla de actitudes equilibrada implica el verdadero perdón con respecto a los pecados de otros?
 10. ¿Qué clase de bendiciones de Dios pierde un cristiano que rehúsa perdonar?

Céntrese en la oración

- Separe algún tiempo para examinar su corazón y ver si posee la actitud correcta de perdón hacia otros creyentes. Si el Señor revela alguna deficiencia, pídale perdón y ore para que pueda corregirla.
- De gracias a Dios de que su generoso y misericordioso perdón de los pecados de todos los creyentes lo incluye también a usted.

Aplicación de la verdad

Dependiendo de qué es más aplicable y provechoso para su situación presente, memorice los pasajes del Salmo 32:1-2 o Efesios 4:32.

CAPÍTULO 8

RAZÓN SUFFICIENTE PARA REGOCIJARSE

Resumen del capítulo

Los creyentes estamos bajo la obligación de tener el verdadero gozo de Dios en todo tiempo y en cada situación.

parecer son insignificantes? ¿Por qué no hay cuestiones pequeñas implicadas en la integridad de una persona?

5. Explique la relación entre la corrección y la autodisciplina.
6. Escriba una lista de las directrices bíblicas que lo ayudarán a ser sabio en espíritu.
7. ¿Qué dos elementos son comunes a todos los principios bíblicos para la autodisciplina?
8. ¿Por qué es Dios el dueño legal de todos los hombres? ¿De los creyentes en particular?
9. ¿Cuál es la parte del hombre en el pacto de la salvación?
10. Explique por qué el pecado implica más que solo quebrantar la ley de Dios.
11. Trace el origen y el desarrollo de nuestros actos pecaminosos.
12. ¿Cómo podemos ganar la batalla contra las tentaciones que asaltan nuestra imaginación?

Céntrese en la oración

- Medite en el precio que Dios pagó para redimirnos. Déle gracias por su salvación, y decida auto disciplinarse para la piedad (1 Ti. 4:7), para poder servirlo más eficazmente.
- Pida a Dios que lo ayude a ganar la batalla contra la tentación en sus pensamientos. Pídale que le dé la victoria sobre los pecados secretos mientras estudia fielmente y medita en su Palabra.

Aplicación de la verdad

Repase la lista de los pasos prácticos para el desarrollo de la autodisciplina que aparecen en el capítulo e identifique sus puntos fuertes y los débiles. Haga un compromiso de comenzar a trabajar en sus debilidades, y pídale a alguien que lo ayude a rendir cuentas.

CAPÍTULO 12

ADORAR A DIOS EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

Resumen del capítulo

Adorar a Dios en espíritu y en verdad es la responsabilidad, un privilegio y el supremo llamamiento del creyente.

"[AMAR A DIOS] CON TODO EL CORAZÓN,
CON TODO EL ENTENDIMIENTO, CON TODA EL ALMA,
Y CON TODAS LAS FUERZAS, Y AMAR AL
PRÓJIMO COMO A UNO MISMO, ES MÁS QUE
TODOS LOS HOLOCAUSTOS Y SACRIFICIOS".

Palabras de Jesucristo en el Evangelio según Marcos 12:33



in duda, el factor crucial para vivir la vida cristiana es la condición de su corazón. Sus acciones pueden engañar por cierto tiempo, pero al final su conducta externa reflejará lo que haya en su interior. Sus actitudes internas determinan quién es usted en realidad. Esas actitudes internas son también lo que Dios considera más importantes.

En este libro uno de los pastores y maestros de la Biblia más respetados presenta un examen detallado de las actitudes fundamentales o pilares del carácter cristiano, tal como los define la Palabra de Dios. Pilares como la fe genuina, la obediencia, la humildad, el amor abnegado, el perdón, la autodisciplina, la gratitud y la adoración.

Cada uno es un elemento esencial del cristianismo maduro, pero también existe un poder transformador que viene como resultado de ejercerlos en la vida diaria como mandatos de Dios. Así su carácter estará fundamentado en la piedad y usted podrá ver todo desde una perspectiva eterna. Además, su fe, sus acciones y su testimonio a otros podrán ser revitalizados desde adentro hacia fuera.

JOHN MACARTHUR es el pastor-maestro de la Grace Community Church en Sun Valley, California. Es el presidente de The Master's College and Seminary. Su voz se escucha a diario en el programa radial "Gracia a vosotros". Es autor de muchos éxitos de librería como *La Biblia de estudio MacArthur*, la serie *Comentario MacArthur del Nuevo Testamento*, *Avergonzados del evangelio*, *Nuestro extraordinario Dios* y *El plan del Señor para la iglesia*, entre muchos otros publicados por Editorial Portavoz.

Vida cristiana



GRACIA
a Vosotros
Despuntando la Verdad de Dios
Un Versículo a la Vez

ISBN 978-0-8254-1535-7



9 780825 415357